

DOS MUJERES

LARGO RECORRIDO, 15

Elvio E. Gandolfo
DOS MUJERES

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2011

© Elvio E. Gandolfo, 1992, 2011
© de esta edición, Editorial Periférica, 2011
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-28-4
DEPÓSITO LEGAL: CC-212-2011
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

ESCAMAS, PIEL

I

Berti va de pie, aferrado al caño metálico que recorre el interior del ómnibus de punta a punta, sin prestar mayor atención a lo que hablan los dos muchachos en el asiento. Afuera ve desfilar las casas, los kioscos de quiniela y los pequeños restaurantes grasientos de siempre, de modo que tampoco les presta mayor atención. En otras palabras: entrevé lo que desfila más allá de los vidrios sucios, y entreoye vagamente lo que uno de los muchachos cuenta: una mujer que conoció en un baile, el juego de la indiferencia fingida, el segundo encuentro, el interés. De pronto, en su estado de vaga atención, el oído de Berti aísla una frase del muchacho cuyo rostro no ve:

—Me dejó enganchado... —oye, más fuerte, nítida, como en letras de imprenta escritas en su mente.

Es una frase común, repetida, banal, que él mismo puede haber dicho varias veces en sus treinta y cuatro años de vida. De hecho, es tan lisa y privada de sentido que le resulta imposible determinar si alguna vez la dijo y, en ese caso, cuándo, cómo y por qué la dijo.

Sabe sin embargo por qué la aísla ahora, cuando otro la pronuncia. Porque en su repetida banalidad define a la perfección, como un bolero, lo que vivió con ella, hasta hace casi tres años exactos. Ella «lo dejó enganchado», pasó desde entonces a ser una especie de sonido de fondo de su vida y, de vez en cuando, a convertirse en una puntada de deseo o terror que lo atraviesa en la noche o como ahora, en que ve ya cómo los dos muchachos bajan y él se sienta en el lugar desocupado. Otra vez las ganas de que todo se repita, el deseo y el terror, no con el tono melancólico de la nostalgia sino con la intensidad de quien quiere volver a vivir idéntico, a cualquier costo, un presente eterno.

II

Comenzó a verla en la panadería cercana a la ferretería. Harto de las cifras, del punteo sistemático y circular de precios de tornillos, juntas y tuercas vendidas, Berti había logrado convertirse —a pesar de la categoría relativamente alta de su puesto— en el encargado de ir a comprar los bizcochos para todos, a media mañana. Tomaba el saco al pasar, abría la puerta y sentía el placer de caminar aquel trecho corto, disfrutando a veces del aire con olor a mar que llegaba de la costa cercana. Cuatro o cinco meses después de empezar a hacerlo, la vio. En ese entonces ella tenía el cabello negro y largo, cubriéndole la espalda. Vestía casi siempre de negro, se movía con una precisión tan llamativa

—señalar el pan que quería con un gesto nítido, tomar la bolsita de nailon con otro, pagar secamente con un tercero y al fin recibir el vuelto con la mano abierta— que él comenzó a esperar la ida a la panadería con la placentera ansiedad de quien se dispone a ver, a una hora determinada, el nuevo capítulo de una serie televisiva, siempre igual, siempre distinto.

Inevitablemente, en la décima o duodécima vez que coincidieron, Berti dejó de prestar atención a los gestos precisos —o, más bien, pasó a disfrutarlos de un modo más automático, como quien da por sentada la habilidad de un bailarín o un acróbata profesional— y empezó a fijarse en la mujer propiamente dicha. Captaba el reflejo de su rostro en el espejo de la panadería, entre paquetes de galleta y papeles que anunciaban la dirección o el teléfono de alguna modista o niñera o electricista del barrio. El cabello negro que le cubría la espalda proyectaba un flequillo sobre los ojos, casi ocultándolos. «Líquidos», los definió al instante, sin poder recordar después, en la ferretería o en el departamento, de qué color eran (había empezado a pensar en ella fuera de la panadería, como quien empieza a pensar en participar de una serie televisiva en vez de limitarse a contemplarla). La boca era

amplia, carnosa, aunque rodeada por un brusco achicarse de la cara: pómulos altos, barbilla pequeña. «Honda», la definió, y aunque en el brevísimo intercambio de palabras necesario para la compra de pan ella nunca la mostrara supo — sin saber por qué — que la lengua era robusta, flexible, casi musculosa, y tuvo ganas de conocerla, de morderla apenas.

Soltó el aire retenido, sorprendido del paso a otro plano. Pidió los bizcochos y la miró por primera vez largamente mientras ella desfilaba tras las vidrieras del negocio, entregándose resignado, un poco molesto, a la calificación veloz, mecánica, tal vez injusta, de cazador, que su pertenencia a un país, una época, un sexo, una ciudad le ordenaban: «Poco pecho, buenas piernas...», aunque cuando llegó al ensanchamiento de las caderas, adivinadas bajo el abrigo largo de cuero que ella llevaba en el día de otoño, sintió que todo volvía a disolverse en algo absolutamente íntimo, personal, como cuando deseó morderle apenas la lengua oculta.

Tendió la mano para recibir la abultada bolsa de bizcochos, y entregó distraído el importe exacto que le había pedido la cajera un momento antes.